

manece oculto á nuestras miradas ; el espíritu de oracion se sustrae de la haz de la tierra ; aseméjase á la inmensidad oculta de Dios colocándose fuera del alcance de nuestra vista , y no constituye una série de obras distintas y sensibles. No es fácil que tengamos presente todo el tiempo que hemos empleado en la oracion de intercesion. Efectivamente, ¿quién es capaz de contar los suspiros que ha enviado al trono de Dios , y los deseos mudos que la lengua de su corazon ha murmurado al oido de Jesus ? De aquí es , que siendo oculto el fruto de la intercesion , tiene la vanagloria en ella ménos cabida que en cualquiera otra devocion. Pero como quiera que sea , es lo cierto , que la dulzura y consolacion que se apetecen con un espíritu rendido y humilde , son unos poderosos auxiliares para la santidad : y aquel que desee alegrarse en Dios , y abundar en todo gozo y consolacion en el Señor , y estar aparejado y gustoso para servir á Jesus , y ser paciente y sufrido con la vida por la esperanza de la muerte , y vivir resignado é indiferente en todo , disposicion que no está léjos de constituir la santidad , niéguese á sí mismo y á sus miras personales ; y casándose con los intereses de Jesus y las almas , conságrese de lleno á la práctica de la intercesion , como si esta fuese su profesion y empleo , ú ocúpese en semejante ejercicio siquiera como el Angel de guarda se ocupa en su persona. La especial recompensa de la oracion de intercesion es el gozo ; y es parte del gozo

de Jesus , quien se regocija en el fruto de su Pasion. Esa alegría que agita y conmueve nuestro corazon , nos ha venido del de Jesus : ántes de que se hallase en el nuestro , estuvo en el suyo , y la presencia de un ángel sería ménos apetecible , que este ligero gusto del gozo de nuestro Redentor.

## CAPITULO V.

### RIQUEZAS DE NUESTRA POBREZA.

Sentimiento por no amar á Dios como es debido. — Medios con que nos ayuda á amarle. — Especialmente la intercesion. — Riquezas que nos ofrece:—1.º la sagrada Humanidad de Jesus;—2.º el uso intercesorio de su pasion. — Varios ejemplos de los Santos. — 3.º Nuestra Santísima Virgen : — naturaleza de su devocion ; — devocion á sus gozos. — 4.º Los Angeles. — 5.º Todo cuanto hay y ha habido sobre la tierra. — 6.º Las perfecciones divinas. — Utilidad que la devocion de intercesion reporta á las personas achacosas.

### SECCION PRIMERA.

#### *Cómo Dios nos ayuda á amarle.*

Si de véras nos resolviésemos á tomar un vivo interés por nuestra alma , cumpliendo fielmente aquellos deberes , prácticas y devociones que la obediencia nos impone , nuestro amor hacia Dios aumentaría de un modo maravilloso , sin que llegáramos á conocerlo ni sentirlo. Unicamente en ciertas tentaciones , en solemnidades dadas y , no raras veces , sin que

haya causa aparente para ello, es cuando permite Dios que percibamos los progresos que realmente hemos hecho en la virtud, y la mayor solicitud con que al presente procuramos servirle. Una de las señales de este aumento de amor de Dios es el sentimiento siempre creciente de nuestra indignidad y excesiva vileza en todo cuanto ejecutamos. Llénanos efectivamente de pesadumbre la consideracion de lo poco que tenemos que ofrecer á Dios, y lo ruin y miserable de nuestro servicio á su adorable Majestad. Y á medida que aumente en nosotros el conocimiento de Dios, y cuanta mayor dignidad adquieran nuestros pensamientos á sus divinos ojos, tanto mayor será asimismo nuestro sentimiento. Esto es lo que mueve á los Santos á suspirar por trabajos, y á pedir cruces. Las fatigas y cuidados ordinarios de la vida no bastan á satisfacer su encendido amor. Desean ¡empeñan, pero amoroso! pagar la generosidad de Jesus. ¿Por qué habrémos hecho, dícense á sí mismos, tan poco por nuestro Dios y Señor? ¿Por qué nos aficionáramos tanto á las cosas de la tierra? Si el pecado fué para ellos una calamidad, ahora su misma incapacidad para amar á Dios con regio y soberano amor, ofreciéndose en holocausto glorioso, es su mayor desgracia y desventura. Cual Areuna, quisieran dar á su Rey, como suelen los reyes hacerlo, es decir, con prodigalidad y á manos llenas. Si Dios les concede alguna consolacion, y multiplica su dicha y espiri-

tual alegría; vuélvense contra Él en amerosa querrela: «Nó: sino que te pagarémos lo que vale, y no queremos ofrecer al Señor nuestro Dios holocaustos gratuitos (1).» Profieren entónces expresiones atrevidas, como por ejemplo, dicen que están prontos á sufrir todas las penas eternas del infierno, siempre que semejante tormento les ayude á acrecentar un solo grado la gloria de Dios; encareciendo de tal suerte el amor desinteresado, que parece llegan á incurrir en las censuras de la Iglesia.

Muy léjos estamos nosotros ciertamente de correr tal peligro; pero no obstante, sentimos en cierta manera semejante pena. Quisiéramos tambien hacer algo más por Jesus; y luego que se nos ofrece ocasion de satisfacer este deseo, nuestra misma cobardía causa en nosotros un dolor agudo y una vergüenza sensible. En Dios es abundante la redencion, dice el Salmista; y semejante abundancia de redencion es la que estimula nuestro amor, y hace que uno se disguste de sí mismo. Todo cuanto Jesus ha hecho en favor nuestro, encierra una abundancia tan innecesaria, envuelve tal plenitud de afectos, é implica una profusion tan sobrenatural de misericordia y compasion, que es evidente á todas luces, que lo que Jesus se propone en cada uno de los misterios de su Encarnacion es no solamente ganar nuestra salva-

(1) II. Reg. XXIV, 24.

cion, sino tambien nuestro amor. El mismo deseo y delicias de habitar con los hijos de los hombres, sus criaturas, que no habiendo pecado Adan, hubieranle hecho venir en carne impasible; hoy que por la culpa original ha venido á nosotros como Redentor pasible, semejantes afectos de su divino Corazon parece van á perderse en el insondable piélago de su ternura y amor. No puede Jesus perdonarnos, sin que al mismo tiempo nos adopte por hijos suyos: no puede borrararnos la culpa, sin hacernos herederos del cielo; no puede absolvernos de lo pasado, sin colmararnos de gracias para lo porvenir. Cada favor que nos otorga, es duplo, triple, céntuplo. Una sola gota de sangre hubiera bastado para redimir mil mundos que hubiese habido, y derramó hasta la última de sus venas. La gracia hubiera sido suficiente para el Sacramento de su amor, y quiso darse á sí mismo, su cuerpo, alma y divinidad. El Santísimo Sacramento es una misericordia sobreabundante, un amor innecesario y superfluo; pero deseaba mostrar mucho amor, y ganar mucho amor tambien. Tal ha sido su conducta. Como nosotros lleguemos á conocer mejor á nuestro Jesus adorable, y á profesarle más amor, obrarémós de la misma manera; porque lo poco que hacemos parece tan poco; tan excesivamente poco!

Una vez que hayamos adquirido este conocimiento divino, estemos seguros de que nos asistirá de un modo especial. Nada desea Dios tanto como nuestro

amor, y jamas permitirá que carezcamos de medios eficaces para amarle. Si un padre supiese que su hijo deseaba hacerle un presente ¿con qué alegría no le facilitaría medios para satisfacer sus deseos? ¿Y será Jesus de peor condicion? No es esa al ménos su conducta para con el hombre. Ved si nó lo que hizo con su Madre en la Presentacion. Ninguna criatura, ni todas las criaturas juntas amaron nunca á Dios, como la Virgen le amó en ese dia. Nunca tampoco hasta entónces fué honrada la Majestad divina con un culto adecuado á su grandeza soberana. Los Ángeles, con toda la variedad de dones de sus nueve coros, habían estado millares de años arrojando ofrendas á los piés del trono en rendida oracion y abrasados cánticos de alabanza; y la Misericordia divina tuvo que contentarse con aceptar benigna ese pobre ofrecimiento. La misma María, la humilde y casta María, era un acto tierno de adoracion al Eterno, y todas las alabanzas de las jerarquías celestiales no hubieran llenado el más estrecho seno de su Corazon inmaculado. Pues todavia se quedaba corta: ¡oh, y cuán corta! ¡Dulce Madre mia! ¡Vos no lo ignorábais! ¡ninguno lo sabía mejor que Vos! Si su amor hubiese podido alterar la calma serena y apacible de su inmensa virtud, como suele acontecer con sus hijos los Santos y su débil gracia, Maria hubiera deseado ser aniquilada, con tal que así hubiese logrado tributar á Dios un culto digno de su grandeza y ma-

jestad. Pero Jesus vino en socorro de su amor. Púsose en sus brazos, y la dijo:—«Ofréceme. Yo soy igual á mi Padre; soy una ofrenda, no sólo digna, sino infinita como Él mismo.»—Y hé aquí que la Trinidad augusta va á ser ahora por primera vez honrada con la debida adoracion, y todo atributo divino glorificado, y toda perfeccion coronada con corona de amor, y toda misericordia recompensada, y todas las deudas y obligaciones de las criaturas satisfechas, y un solo acto de oblacion sobrepujará al culto y adoraciones de todas las criaturas posibles. ¡Oh gozo! ¡gozo excesivo! ¡gozo sobre todo otro gozo, para quien ama de véras al Señor! El cielo estaba entonces silencioso; los Ángeles rebosando en amor, permanecían como atónitos y espantados; y sobre este suelo que habitamos, en el templo de Sion, María recibe á su Niño en los brazos, elévale en alto, y con todas las fuerzas é ímpetu de su espíritu inmaculado, le ofrece al Eterno Padre en holocausto de amor. María fué, pues, la primera de todas las criaturas que presentó al Altísimo una ofrenda digna de su grandeza soberana, y la primera que rindió á Dios la debida adoracion. Mas ¡oh amor inefable! ¡Hoy nuestro adorable Salvador quiere persistir haciendo lo mismo con nosotros; pues no se pasa un solo momento del día y de la noche, en que el mismo Niño, la Hostia viva, deje de elevarse en toda la redondez del globo por manos mortales entre la tierra y el cielo!

Así es como viene tambien en socorro de nuestro amor; lo cual hace de dos modos diferentes. Primeramente, dando á nuestras pobres acciones un inmenso valor por su union con las suyas: de esto hablaremos más adelante. En segundo lugar, tratándonos como trató á su madre, es decir, dándonosos Él mismo, y todo cuanto tiene, en herencia perpétua, para que dispongamos de ello á nuestro antojo, y se lo ofrezcamos cómo y cuando más nos agrade; y estas son las riquezas de nuestra pobreza, de que al presente voy á ocuparme.

No es fácil que lleguemos á persuadirnos de nuestra propia nobleza y grandeza en Cristo. El catálogo de nuestros privilegios parece una especie de exageracion devota. Deteneos si nó á considerarlo en un momento dado, sea de congoja y pesadumbre, ó de satisfaccion y devocion sensibles, y vereis cuán difícil os es, no tanto esperar, como creer, que un dia habeis de ser justificados, muertos, juzgados y coronados despues en el cielo por toda la eternidad. Semejante dificultad no nace del temor de que os suceda lo contrario, sino principalmente de la grandeza de la recompensa, de la inmensidad de la dicha y del maravilloso contraste con vuestra actual miseria y bajeza. Pensad en el cielo, y decíos á vosotros mismos: «¿Con que llegará una hora, un instante, miéntras los hombros estén ocupados acá en la tierra en sus faenas diarias, en que he de poseer y

disfrutar eternamente ese riquísimo tesoro?» Y os sonreiréis entónces, no precisamente de incredulidad, sino como se sonrió Sara cuando oyó al Ángel decir que tendría un hijo. Pues de esta manera nos sucede hasta con la herencia que tenemos en Cristo aquí en la tierra: parécenos excesiva, mas San Pablo escribe á los Corintios (1): «Todas las cosas son vuestras, sea mundo, sea vida, sea muerte, sean presentes, sean venideras; pues todo es vuestro, y vosotros sois de Cristo, y Cristo es de Dios.» Y en la carta á los Hebreos dice, nó que os llegaréis, sino «os habeis llegado al monte Sion, y á la ciudad del Dios vivo, la Jerusalem celestial, y á la compañía de muchos millares de Ángeles, y á la Iglesia de los primogénitos que están inscritos en los cielos, y á Dios el Juez de todos, y á los espíritus de los justos, y á Jesus mediano del Nuevo Testamento, y á la aspersion de la sangre que habla méjor que la de Abel (2).» Cuando María rige con el dulce cetro de su intercesion el imperio vastísimo de su Hijo, es nuestro reino en el que ella es Reina y Señora: nuestro es todo lo que le constituye, y todo cuanto encierra; pues *todas las cosas son nuestras, y nosotros somos de Cristo, y Cristo es de Dios*. Los tesoros que Jesus nos ha regalado, adquiriéndolos á costa de su preciosa sangre,

(1) 1.<sup>o</sup> Corint. III.

(2) Heb. XII-22.

son: su sagrada humanidad, cuerpo y alma; su infancia, su vida oculta, su ministerio público, su passion, el Santísimo Sacramento y su asiento á la diestra del Padre; su Madre Santísima con todo lo que es y todo cuanto posee; sus innumerables ángeles, todos bellos y agraciados; todas las buenas obras y penitencias del mundo; las Misas que se dicen; las penas que sufren las almas del purgatorio; las gracias que recibieron los condenados, y á las que no quisieron corresponder; la santidad de José, el Bautista, los apóstoles, etc., todas las alabanzas que tributan al Criador las aves, animales y elementos de la tierra; todo cuanto podrían hacer las criaturas posibles; las misericordias ejercidas por Dios desde el Antiguo Testamento hasta hoy, la complacencia que mutuamente se tienen las tres Divinas Personas, y el amor incommunicable con que Dios se ama á sí mismo desde toda la eternidad.

Tales son los tesoros que poseemos en Cristo; tales las riquezas que pone en nuestras manos, como se puso á sí mismo en la Presentacion en las de María, para que podamos satisfacer nuestro amor. ¡Qué ocupacion, pues, tan santa la nuestra! ¡Qué hermoso cielo incoado en la tierra! Y podremos hacer uso de cada una de estas cosas, como si fuesen propiamente nuestras, para tres fines diferentes, y mereceremos con todas ellas igualmente que con nuestras acciones personales, pues nuestra es su

oblacion: con este objeto nos las ha dado Jesucristo. Usaremos de ellas primeramente para actos de amor de Dios y hacimientos de gracias. De estos dos primeros usos hablaré despues. En segundo lugar, podremos usar de semejantes riquezas en la oracion de intercesion; y hé aquí de lo que voy á ocuparme ahora. Si fijamos bien en nuestra mente las lecciones del capítulo pasado, nos sentiremos tan dulcemente atraidos hácia la práctica santa de la intercesion, que es imposible no disgustarnos de nuestros propios medios de interceder. Veremos que nuestras secas y áridas peticiones, y nuestras frías palabras, y nuestras desordenadas devociones, ora á causa de las distracciones de nuestro empleo, ó bien por la dureza de corazon, no bastan á satisfacer nuestros vehementes deseos de promover por la intercesion la gloria de Dios, intereses de Jesus y salvacion de las almas. Pues bien; Jesus viene luego al punto en socorro nuestro, y pone en nuestras manos todas esas cosas como armas de intercesion. Llena nuestra aljaba con semejantes saetas, mojadas en bálsamo eficaz para herir su Sagrado Corazon, puesto por Él mismo á nuestra puntería. Si las dirigimos con devota intencion, daremos en el blanco, se clavarán y le herirán infaliblemente. Así como no tiene ningun límite su amor, así parece que Jesus se ve obligado á no ponerle á nuestra facultad de amarle.

El amor no sería amor, si teniendo tan ricos te-

soros á nuestra disposicion no hiciésemos de ellos uso alguno. Siempre, pues, que deseemos alcanzar de Dios algun favor especial, que redunde en su mayor gloria, ofrezcámosle uno de esos dones que pueda aplacar su cólera y hacérsle propicio. La simple ofrenda, presentada con devota intencion, es una poderosa intercesion muy agradable á sus divinos ojos; así como la presencia muda en el cielo de las cinco llagas del Señor, segun afirman los teólogos, son la intercesion de nuestro Salvador abogando sin cesar ante el Padre y Dios. Pero no debemos contentarnos con el ofrecimiento de las acciones; procuraremos tambien unirnos á las disposiciones con que Jesus y María, Ángeles y Santos obraron la accion á que nos referimos: esto hará que nuestra intercesion sea todavía más eficaz y meritoria. Deseemos igualmente, si así nos place, que dicha accion se multiplique millares de veces para de esta suerte aumentar más y más la gloria de Dios. ¡Oh, si nos consagráramos á semejante práctica de intercesion! ¡Cuántas conversiones obraríamos entónces! ¡Cuántos escándalos desterraríamos del mundo! ¡Cómo se cambiaría el rocío de la gracia en espesa lluvia, para hacer fructificar la Iglesia de Dios! ¡No estaríamos entónces, cual no raras veces nos hemos hallado en los años pasados, como el vellon de Gedeon, secos, milagrosamente secos!

SECCION II.

1.º *La sagrada Humanidad de Jesus.*

Ofrezcamos á Dios las perfecciones y facultades del alma inmaculada de Jesus, los abismos de gracia, ciencia y gloria que en sí encierra, el amor con que ama á Dios en este momento, y toda la abrasada caridad con que le ha de amar por toda la eternidad. Pidamos la conversion del alma manchada con la culpa, por la hermosura y resplandor de su alma purísima, que en este instante está alumbrando la Jerusalem celestial con tal claridad, que no necesita *«de sol, ni luna que la ilumine, porque el Cordero es su luz.»* Pidamos salud, fuerza y energía para los predicadores y misioneros del Señor, por todas las perfecciones que ahora están embelleciendo su cuerpo glorioso y agraciado. Pero dejemos el cielo, y bajemos á la tierra. Primeramente, ofrezcamos al Padre el culto inefable que la vida mística de Cristo le está rindiendo en el Santísimo Sacramento desde millares y millares de tabernáculos; la pobreza, la humillacion, la obediencia á sus sacerdotes, su celo por las almas, la mortificacion de sus sentidos, la paciencia en sufrir los sacrilegios, y el resignado amor y milagrosas manifestaciones de su vida escondida en la Hostia consagrada. O bien, si queremos, remontémonos

á lo pasado. Aquí tambien tenemos un riquísimo caudal de ofrendas de inestimable valor. Riquezas son de nuestra pobreza el acto de amor de Jesus en el momento mismo de la Encarnacion; su encarcelamiento por nueve meses en el vientre de María; las virtudes que allí practicó; y el mundo que desde allí gobernó. Riquezas son de nuestra pobreza la Natividad y misterios de sus doce primeros años, Belen, Egipto, Nazareth y Jerusalem, con todas las humillaciones y amor inefable del Verbo encarnado á María y los hombres, que aquéllos envuelven. Riquezas son de nuestra pobreza su vida privada en Nazareth, la ocultacion del Inmenso, la obediencia del Omnipotente, la pobreza del Riquísimo, el cansancio del Criador, la oracion de Dios, el amor á José, la santificacion de María, los méritos y satisfacciones del Niño y Adulto, y la complacencia de los Ángeles, de María y de Dios en los portentos y maravillas de aquellos diez y ocho años. Riquezas son de nuestra pobreza su vida pública, el bautismo que recibió de manos de Juan, su ayuno en el desierto, su proceder con los discípulos y su conducta para con los pecadores; las contradicciones que encontró, los sermones que predicó, los milagros que obró y fatigas que sobrellevó. Llegamos á la orilla del inmenso Océano de su sacratísima pasion. Riquezas son tambien de nuestra pobreza los siete pasos, los cinco juicios y las siete palabras. Riquezas

son asimismo de nuestra pobreza su resurreccion triunfante; las varias apariciones á sus discípulos, especialmente la primera á su Madre; los cuarenta dias de legislacion secreta para la organizacion de su Iglesia é institucion de las materias y formas de los sacramentos; el encanto y recogimiento de aquellos hermosos dias; las maravillas que obró, las palabras que brotaron de sus labios, las gracias que otorgó á manos llenas, las bendiciones que derramó, y últimamente, la pompa soberana y augusta de su ascension gloriosa á los cielos. ¿Quién será capaz de agotar este abundantísimo manantial de aguas vivas? ¿Quién podrá secar la riquísima vena de ese sinnúmero de actos maravillosos é infinitos por la union con su divina Persona, y que tienen un ilimitado poder para con Dios? Pues bien: todos estos tesoros están á nuestra disposicion para la intercesion; y podemos fundadamente creer que tendrán una especial eficacia, aprovechándolos en ciertas solemnidades del año, á excepcion de la pasion, que cuenta todos los dias por suyos.

### SECCION III.

#### 2.º *La Pasion.*

Pasemos ahora á hablar del uso de intercesion que podemos hacer con la pasion. Naturalmente creémos que habiendo sido consumada la obra de nuestra redencion principalmente por los misterios de la pa-

sion santísima de nuestro Salvador, nada deseará El tanto como el recuerdo frecuente de estos misterios, que mueven sus entrañas de misericordia más vivamente que ningun otro, al ofrecérselos en actos de amor, acciones de gracias y fervorosa intercesion. San Bernardo declara que es una comunion espiritual la simple consideracion de la pasion del Señor. El Padre Baltasar Álvarez no se contentaba con hacer de ella el asunto ordinario de sus meditaciones, sino que solía decir á sus novicios: «No esperemos, hijos míos, haber hecho cosa alguna de provecho, á menos que no tengamos siempre presente en nuestro corazon la imágen de Cristo crucificado.» Fr. Benito de Canfield llega á asegurar que las almas, en su union más íntima con Dios, todavía meditan sobre la pasion, si bien lo niegan el P. Baker y otros, tomada la palabra en sentido de rigurosa meditacion. El mismo Señor habló de esta manera á Santa María Magdalena de Pázzis: «Todos los viérnes del año fija tu consideracion, hija mia, en la hora en que espiré sobre la Cruz, y así es como recibirás gracias muy especiales de mi espíritu, que entónces entregué al Eterno Padre; y aunque no sientas semejantes gracias, no será por eso menos cierto que reposarán sobre tu corazon.» La gran campana de Duomo todavía llama á los fieles de Florencia á este sagrado recuerdo. La beata Clara de Montefalco tenía tan impresa en su ánimo la memoria de la pasion, que todo